

POLITICO DE LA REVOLUCION

ES EL MEJOR ESTADISTA QUE HA PRODUCIDO LA REVOLUCION.-SU OBRA ADMINISTRATIVA Y POLITICA

ción, a la estabilidad, del carrancismo. De esas fuerzas surgió el régimen jurídico que está escrito en la Carta Magna.

Obregón fué el primero que asaltó el poder, ya dentro del nuevo régimen establecido. El viejo régimen había sido vencido, y ahora la lucha era solamente por el poder. Como todos eran revolucionarios, ya no había posible sospecha de traición a los principios. Pero se podía atacar a los hombres, en legítima lucha por el poder.

Fué así como Carranza cayó, tras de los errores cometidos, que propiciaron el advenimiento de sus generales al poder. Obregón asumió el mando, pero en él no había un estadista. Había un soldado con fortuna, que poseía inteligencia y fuerza. Que quería gobernar. Era la encarnación del ejército popular, que habiendo luchado por derrocar el viejo régimen, quería probar su capacidad en el poder. Obregón fué la etapa de transición necesaria para dejar el paso libre a los políticos —verdaderos políticos— de la nueva época, del nuevo régimen.

Entre ellos venía, silencioso, cauto, inteligente un hombre que había de reunir en cuatro años de período constitucional y en seis más de gobierno extralegal todas las características que originaron el movimiento social mexicano. Había de agotarlas, y finalmente, dejar el camino abierto otra vez para el advenimiento de una nueva concepción de la propia revolución de que era parte. Ese hombre era el general Plutarco Elías Calles.

Efectivamente, cuando el general Calles entró al poder, se pudo advertir de inmediato la presencia de una serie de características que formaron la esencia de su época: era un militar, rodeado de militares, lo que le hacía ser un representante de las fuerzas populares armadas que vencieron en la revolución; era además un antiguo profesor de escuela, lo que lo identificaba con las inquietudes sociales de la clase media semi-intelectual de esa época; era también un hombre que sabía —como



Es Presidente de la República el señor general don Manuel Ávila Camacho, el hombre que proclamó la unidad nacional. Y con su hábil manera de manejar los asuntos públicos, logra lo que nadie antes pensaba fuera posible, y que es en su honor reunir a todos los ex-Presidentes, aún a los más distanciados. Hélo aquí, en el banquete de esa ocasión, con los ex-Presidentes Calles y Cárdenas, lo que causó sensación.



Calles, en un momento de debilidad, hizo Presidente de la República al ingeniero Pascual Ortiz Rubio. Llamó a sus ayudantes, y les dijo: "Necesito que todos sus elementos apoyen al ingeniero Ortiz Rubio". Carlos Riva Palacio se encargó de realizar la tarea. Después, Ortiz Rubio, temeroso, renunció a la Presidencia. El tiempo volvió a reunir, a una misma mesa, a Calles y Ortiz Rubio, como aquí los vemos.

Carranza— que el poder se ejerce desde un sistema, desde un régimen político y jurídico, y que solamente desde allí es posible realizar propósitos políticos; era además, finalmente, un cerebro y una conciencia justiciera, deseoso de ser leal a los principios de la revolución en que militaba. En él concurrían la fuerza militar de Villa, las preocupaciones sociales de Zapata, la concepción civilizada, culta, del poder de Carranza.

Si observamos así la figura de Calles, nada de extraño tiene que lo hallemos pronto en conflicto con viejas fuerzas políticas, de larga historia, y con fuerzas nuevas de la política sin historia aún. Efectivamente, el gobierno de Calles se halló pronto en conflicto, por una parte, con los conservadores —el más antiguo de los partidos políticos de México— y por otra parte con los comunistas y socialistas extremos, que llevaban sus intenciones, los unos, hasta el retroceso total; los otros hasta la exageración, que aparecía comprometedora y peligrosa.

Este es, históricamente contemplado, el significado político del general Calles. El fué el que sostuvo, durante diez de los treinta y cinco años que nos separan de don Porfirio, la máxima pureza de los principios originales del movimiento revolucionario. Y esto no quiere decir, de ninguna manera, que seamos nosotros defensores de la primitiva manifestación de esas ideas. Es solamente que estamos fijando la significación real del general Calles en la historia de nuestro país.

Con el gobierno del general Plutarco Elías Calles, se inicia en México la estabilización y racionalización de nuestra vida económica. Por primera vez desde el establecimiento del régimen revolucionario se sistematiza el trabajo del Estado y se depuran las finalidades concretas a perseguir. Es la aparición de una voluntad, que pretende dejar sentada la permanencia del régimen, e impedir que en lo sucesivo, se le considere como un accidente político en la vida del país.



Ha muerto Calles, el Jefe Máximo de la Revolución, el cerebro político más poderoso de la Revolución, el que, si no hubiera sido por su sectarismo, hubiera consolidado un régimen moral. Y montan guardia, el Presidente AC, el general Francisco L. Urquiza, el licenciado Emilio Portes Gil, el ingeniero Marte R. Gómez, el licenciado Ramón Beteta y otras personas.



La noticia de la muerte de Calles causó una profunda conmoción. Era viejo. Estaba enfermo. Pero había capeado tantas tempestades, había pasado por tantas pruebas, que las gentes llegaron a creerlo invulnerable al tiempo y a la muerte, como un patriarca de esos que vieron pasar las edades. Era un recio sonorense. Aquí, las gentes acuden a dar el pésame.

Comienza por expedir leyes que protegen a determinados sectores muy importantes en el desarrollo futuro de la nación: expide la ley de inamovilidad del profesorado asegurando así, de un golpe, la colaboración de los mentores de la niñez en la estructuración de una nueva men-

dad nacional, desprendiéndola de tradiciones nada gloriosas de la nación controlada por las clases retardatarias.

Continúa, estabilizando la economía financiera del país, mediante el control del crédito, por medio del Banco de México; expide una ley monetaria, que evita las repercusiones de una terrible crisis económica que asolaba a todo el mundo.

Atento al futuro, espíritu constructivo y fuertemente empapado de los proyectos revolucionarios, inicia en gran escala la construcción de presas y de sistemas de riego, que permiten la explotación agrícola constante, ininterrumpida y racional de las tierras beneficiadas. La realidad es que el general Calles fué el que inició en México el programa de irrigación que ha permitido por una parte cierto mínimo de producción agrícola constante y por la otra los primeros balbuceos de nuestra industria eléctrica.

Pero la misión del general Calles habría de ser eminentemente política. No obstante los éxitos alcanzados por él en su administración lo que más destaca de su persona es la recia contextura política que encarna. Los programas de liberación económica, de control de créditos, de riego, de carreteras, de estabilización de maestros, su esfuerzo por organizar técnicamente al ejército, etc., despiertan bien pronto los temores —muy fundados, por otra parte— de las fuerzas retardatarias del país, que ven en él no ya a un soldado de fortuna, como Obregón que profesaba la doctrina del cinismo corruptor como medio de gobierno: "No hay general que resista un cañonazo de cincuenta mil pesos..." No.

Comenzaron a ver que en Calles había un verdadero estadista. Esta vez se hallaba frente a frente con el estadista de la revolución. Sistemáticamente destruía la fuerza de sus enemigos, que eran los enemigos del régimen. Paso a paso allanaba el camino a etapas de superación nacional. La tradicional fuerza política de los conservadores, de sus aliados y de sus jefes desde el exterior, se hallaba en peligro de ser abatida para siempre, pacíficamente, sistemáticamente, inteligentemente, por ese hombre que encarnaba todas las fuerzas de la revolución.

Ya en 1927, antes de que terminara su período constitucional, los conservadores hicieron uno de los más grandes esfuerzos que haya hecho jamás para liquidar a un gobernante enemigo. La rebelión en Jalisco, la guerra que sostuvieron los engañados contra el gobierno de Calles, es, probablemente, el más serio esfuerzo que hayan hecho nunca, desde el punto de vista militar, los conservadores en México. Solamente cuando se enfrentaban a Juárez, hicieron tal acopio de fuerzas para tratar de vencer a la libertad en este país.

La crisis fué, sin embargo, superada por él. Su gobierno terminó dentro de los términos de ley, sin que otra cosa que la paz pública, se hubiese alterado en México.

Contra los comunistas también hubo de pelear el general Calles. Claro que con mucha más clemencia que contra los conservadores. Esos comunistas mexicanos de ese tiempo, tan noveles, tan bisoños, tan sedientos de hacer cualquier cosa, aunque fuera visiblemente mal hecha, estorbaban y molestaban al gobierno en los momentos de mayor peligro para la conservación del régimen. Pero los comunistas eran encerrados o mandados a las Islas Marias. Con ellos la lucha no era a muerte, quizás porque en el fondo dejaban ver, en medio de su torpeza, una sana intención. No así los conservadores. Con ellos —el enemigo tradicional de la

PETROLEOS MEXICANOS

Nos permitimos poner en conocimiento de los consumidores de petróleo diáfano en el Distrito Federal que a partir del día 17 del presente mes nos veremos obligados a dejar sin efecto la reducción de dos centavos por litro que en el año de 1942 hicimos sobre el precio de venta del petróleo diáfano en el Distrito Federal.

La baja en el precio del petróleo diáfano que esta institución puso en vigor en enero de 1942, nos es imposible ya seguirla sosteniendo, en virtud de la fuerte elevación de nuestros costos, como consecuencia del incremento general que se ha observado en el país en los precios de las materias primas, de los transportes y de la mano de obra.

Debemos aclarar al público que la reducción de dos centavos por litro en el precio del petróleo diáfano, hecha en 1942 y que ahora nos vemos precisados a dejar sin efecto, sólo se efectuó tratándose de las ventas en el Distrito Federal, subsistiendo en el resto de la República los precios establecidos.

Nos interesa también hacer notar que el precio del petróleo diáfano en el Distrito Federal ha sido de \$0.12 por litro desde el año de 1933, o sea el mismo que en el futuro quedará implantado, salvo el período comprendido de 1942 a la fecha, en el que, con sacrificio de nuestros ingresos, redujimos el precio a diez centavos por litro.

Creemos de interés proporcionar el dato de que en diversas épocas, por ejemplo, en los años de 1918 a 1927, el valor del petróleo diáfano en el Distrito Federal fluctuó entre \$0.16 y \$0.20 por litro.

Es bien conocida del público la política de esta institución de mantener los precios más bajos posible, dentro de los límites comerciales en que debemos operar, como lo demuestra el examen de los índices de precios de los artículos de consumo, pues la comparación revela que mientras la elevación mostrada por la estadística sobre la base del año de 1929, es de menos de 24 puntos tratándose del grupo principal de los derivados del petróleo, el ascenso en los demás artículos de consumo asciende a 180 puntos, hasta el 30 de junio último.

Por último, debemos insistir nuevamente en que la vuelta al precio que teníamos en vigor en 1942 para la venta del petróleo diáfano en el Distrito Federal, viene a restablecer el equilibrio en los precios de este artículo en toda la República, con las naturales diferencias derivadas del costo de los transportes.

México, D. F., 16 de octubre de 1945.

EL DIRECTOR GENERAL,

E. BUENROSTRO

libertad y del progreso en México— la pelea era mortal. Los rebeldes oraban los caminos con sus oscilantes cuerpos, colgados de los árboles y de los postes de telégrafo.

Dentro de la historia del régimen revolucionario de México, al general Plutarco Elías Calles debe apuntarse, mínimamente, un mérito central: sin él, sin su energía y su inteligencia, sin su valor y su capacidad, la revolución hubiese sido vencida, y el régimen hubiese desaparecido como pasa un accidente. Desde ese punto de vista, él hizo posible lo que más tarde fué la evolución de las ideas en el propio régimen, que culminaron en una aplicación integral de los principios jurídicos y políticos, en la actuación del general Lázaro Cárdenas.

No importa si a Calles puede imputársele el que durante su gobierno y durante su mandato extralegal, haya prosperado la corrupción en los medios políticos y administrativos. A este respecto, debe recordarse que esa corrupción ha progresado a extremos increíbles, posteriormente, precisamente cuando ha florecido una nueva concepción de la revolución. A este respecto, y a fuer de justos, hemos de decir que hubo mucha más corrupción administrativa —no personal del caudillo, entiéndase bien— durante la etapa de gobierno del general Cárdenas, que durante el gobierno del general Calles.

Si no fuera demasiado o no pareciera demasiado decir, habría que asentar que el general Calles salvó la vida de la revolución. La salvó de la muerte. Tal es la verdad.

Muertos los caudillos: Carranza, Zapata, Villa, el general Obregón empobreció a la revolución. Con su mirada estrecha, miope, pequeña, de soldado feliz, la dejó decaer. Corrompió a los hombres y olvidó las ideas. Por ello Calles heredó el más grave problema: la reorganización de las fuerzas contrarrevolucionarias, que asaltaron al régimen en 1927, cuando lo consideraban suficientemente debilitado. Pero Calles salvó al régimen.

Ahora, él ha muerto. Para aquellos que saben poner por encima de sus rencores la razón y la verdad; para aquellos que queremos antes que todo que la verdad sea la única luz que nos ilumine, la figura del general Calles adquiere la consagración de los prohombres. Cumplió su deber en la máxima extensión de sus fuerzas. Y si, como decimos al principio, su figura de estadista, de político, superior con mucho su perfil particular de hombre, ello es mayor gloria para él, que cumplió su destino íntegramente, sin una sola omisión.

En el mismo día en que ha dejado de existir, en el mismo día en que la muerte lo hace pertenecer a la historia por completo, yo quiero, yo que soy un hombre joven, que no viví su tiempo activamente, que no participé ni de los rencores que provocó ni de los efectos personales que hizo nacer, yo quiero, en nombre de la juventud mía, rendirle un homenaje auténtico, desinteresado, que contraste con los homenajes que la adulación le prodigara. En el general Calles saludamos los hombres de ahora, al mejor de los cerebros políticos que ha producido México en los últimos treinta y cinco años de su vida.

SE APAGO EL MEJOR CEREBRO

CALLES MURIO, DESPUES DE ESCAPAR A LAS TEMPESTADES MAS TERRIBLES QUE SACUDIERON A LA REPUBLICA MEXICANA

Por HUMBERTO OLGUIN HERMIDA

Este es un caso, claro por todos conceptos, en el que la figura del político destaca poderosamente por encima de la figura del hombre. Calles nació para ser un notable político —como lo fué— y su obra y la concepción de ella enmarcan toda una época de la que fuera la política revolucionaria del régimen instituido en 1917 por la Constitución. El general Calles simboliza todo lo que fué la esencia de la primera época de paz del régimen revolucionario en México.

Y sin una sola duda, sin una sola vacilación, sin una sola reserva, debe afirmarse que fué el mejor cerebro político que dió la revolución.

La suerte quiso —porque no seguramente él— que su muerte física aconteciera diez años después de su muerte política. Es decir, que muriera una década después de que la etapa revolucionaria que él significó, había sido liquidada en nuestro país. Pero fueron diez años en los cuales pudieron estar frente a frente dos concepciones distintas de la misma manifestación social revolucionaria, cuyo origen remoto se encuentra en las huelgas de obreros durante el porfiriato, en las represiones sangrientas del mismo, en la sublevación del señor Madero y, finalmente, en los largos años de guerra civil que despertaron de su sueño a la República.

blica y la hicieron penetrar en un nuevo ciclo histórico.

Es positivamente cierto que la evolución de las ideas revolucionarias en México fué más bien violenta, radical en cierto modo, tanto en los principios como en los métodos. Era aquello que alguna vez dijera muy gráficamente Luis Cabrera: "La revolución de entonces y la de ahora". Debe considerarse, ciertamente, que hubo una ideología "entonces", que se llamó revolucionaria; y hay una ideología "ahora", que se llama revolucionaria. Una fué la postura de los maderistas, que querían la desaparición de la corte porfirista, y se gozaban con la perspectiva de disfrutar de elecciones democráticas, que abrían las puertas del poder a todos los hombres capaces de ejercerlo. Querían, en el mejor de los casos, que se respetaran las libertades que el régimen liberal había consagrado en la Constitución de 57, y la libre expresión política que permitiera a los ciudadanos una vida de tales.

Sin embargo, desde su origen, la revolución tuvo el primer brote de manifestaciones trascendentales en el terreno social: Emiliano Zapata, el libertador suriano, no se conformaba con libertades políticas al viejo molde liberal. Quería también la libertad de la tierra y la justicia en ella, para los hombres que viven de trabajarla, fatigosamente, con sus manos. En su mente ensombrecida por la ausencia de estudios, pero iluminada por la clarividencia de su origen, bullían las razones de toda la inquietud de nuestro tiempo, en todas las latitudes del planeta. El fuego de su carabina era una luz per-

manente que se apuntaba al porvenir, terca y enojada.

Francisco Villa era esa misma fuerza, esa misma luz; pero ausente de concepciones teóricas, totalmente. Era un tremendo impulso popular, apuntado hacia la verdad, solamente que con una cierta dosis de inconciencia de su propio camino: "la fuerza de la División del Norte, respalda el programa del general Emiliano Zapata y del Ejército Libertador del Sur...", diría el general Villa al representante personal de Woodrow Wilson.

Y Carranza. En él concurría la prudencia de los antiguos políticos, que saben que el poder es una cosa que ha de llevarse con cuidado y mesura, con apego a ciertas tradiciones que, de romperse, provocan conflictos al que lo hace. Pero poseía, dentro de su mentalidad criolla, una concepción que a los otros faltaba: sabía que el poder es el medio de realizar las proposiciones teóricas de la política. Y que no hay otro medio. Y sabía que el poder se ejerce mediante el establecimiento de un régimen, de un régimen jurídico, legal, político, social. Y no de otra manera. El fué pues el que conociendo el camino del poder lo había de alcanzar; y para alcanzarlo, se vería en la necesidad de establecer el régimen. Así, para alcanzar el poder, estableció el régimen, y luego lo encabezó. La promulgación de la Constitución de 1917 culminó el período revolucionario en sus efectos de tesis si bien careció de pronto de la fuerza suficiente para establecer la paz.

A la Constitución de 17, concurrieron, pues, todas las corrientes: las ideas de transformación social del zapatismo; la fuerza impetuosa y arrolladora del villismo; la tendencia al orden legal, a la sistematiza-

¡Calles en el cenit! En el Estadio Nacional, en presencia de decenas de miles de espectadores ciudadanos, Calles tiende el fuerte brazo sonorense y protesta como Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos. Su gobierno iba a ser agitado. Pero Calles demostraría también que era el mejor cerebro político de la revolución.



Después de cuatro años de poder legal, Calles ejerció un poder extralegal, con el resonante título de Jefe Máximo de la Revolución, que le inventó, para justificar ese poder, uno de sus cortesanos. Después, Cárdenas lo destruyó políticamente, en unos minutos de decisión. Después, marchó al destierro. Hélo aquí, al regreso del exilio, con su familia.